

Carlos López Degregori

Su roja codicia

ASINTONÍAS

Cierro la puerta con todos los cerrojos y tapo con cera mis oídos para no escuchar tus ruegos y recriminaciones. Te equivocas. No te he aprisionado. Obsérvame por el cristal de aumento de la ventana. Yo soy a quien tú encerraste afuera.

Aquí la luz descomunal es mi habitación clausurada. Los árboles son vidas interiores y están llenos de pájaros que son gritos interiores. La rosa de los vientos araña desesperada las paredes y crece para adentro. El espacio se vuelve sobre sí mismo como tu ojo blanco, Madre, que me mira dormir y uno nunca sabe si tu amor se concentra en un único punto o huye en todas direcciones.

No me dejas Entrar.

No te dejo Salir.

En el centro amarillo del aire de esta casa que he construido para guardarte sube una escalera que conduce al aire.

El aire es tu herida.

Del sol que me vigila en este jardín insensible baja una escalera que solo lleva al sol.

Una herida es todo el sol.

EL HILO ROJO

Dicen que el maleficio de la mariposa es un hilo rojo con el que deberás tejer el más perfecto capullo. Tú estás en tu casa y de pronto él irrumpe por una sola vez en tu vida. Lo lleva en su trompa una mariposa enorme y lanuda que parece una oveja, pero es roja si cabe la contradicción. Vuela con sus alas de martillo. El maleficio aguarda en sus vellones que rozan tu piel temblorosa o en el vuelo perturbado que te dicta una dolorosa quietud para que cumplas en ella tu metamorfosis.

García Lorca presintió el maleficio en un fragoroso insecto que volvería a buscarlo en el camino a Alfacar y lo escribió antes de escribir su primera obra teatral.

Villon me contó que lo halló pendiendo como una garra en la cuerda que apretaría su cuello el día siguiente.

Rimbaud lo descubrió hurgando desesperado en su rodilla: en la gangrena azul resplandecía el rojo de la lana.

Trompa de lirio por las verdes ingles, a mí no me visitaste. Ese ha sido mi maleficio.

Quiero escribir esta noche en el cielo tu roja codicia.

SIETE MESES COMO BRUNO SCHULZ

Intento imaginar cómo serán estos meses cuando me llame Bruno Schulz. No saldré de casa. No me asomaré a las ventanas para que ninguna persona que recorre la Calle de los Cocodrilos pueda descubrirme y pasaré los días con mis ojos absortos calculando las imágenes que caben en las paredes color canela de esta habitación.

Me has invadido, Bruno Schulz. Has usurpado cada centímetro de mi cuerpo para ocultarte. Y no lo has hecho por resignación ni altivez, sino porque descubriste que encierro el don de la sobrevivencia que debe mantenerse encendida como una vela o un rencor.

Una tarde pintarás con sangre la única silla que hay aquí porque habrá llegado la hora de sentarnos a escribir tu *libro idólatra*. Sus páginas cuentan de un Mesías limpiando meticulosamente una pistola y de una casa llena de maniqués que tienen mi rostro.

Ver y ser visto.

Temer y ser temido.

Extender el plazo como si se tratara de un mendrugo que atesoramos.

Conjurar el miedo con un vestido de andrajos o con la nuca que recibirá el disparo.

Soy Bruno Schulz y hablo con los maniqués. Fumo con ellos desolados cigarros y juntos devoramos las aves salidas de los huevos que cultivaba nuestro padre. Cubrimos el suelo con sus huesecillos solo para confundirte a ti, Mesías, cuando vengas a matarnos.

ANTENA

caminas por el borde del mar tocando con tu mano izquierda
la pared herida de salitre
¿has pensado por qué lo haces?
tal vez la pared y el mar así lo han decidido y eres su
instrumento
tal vez eres el único ser vivo en este malecón que no avanza
ni retrocede y estás detenido en la pura cornisa observando
cómo te acercas por la playa con un bastón metálico en la
mano
lo clavas en la orilla porque es una antena y empiezas a
transmitirle a unos imperdonables oídos futuros
que tienes que estar aquí sosteniendo con la mano izquierda
la pared y con la derecha el mar vacío
pareces una isla en la que quisiera, casi dolorosamente,
retirarme a vivir
pareces el ojo entreabierto del cielo que empieza a sangrar

EL PRIMER MISTERIO

La perra trajo a los cachorros al rincón más hondo de la cocina y dejó que se acercaran a su vientre. Yo revolví la olla con el cucharón y pensaba que de ser necesario utilizaría al más ciego y débil para la sopa.

Es cierto, la sopa es nuestra leche. La preparamos con lo que tenemos a nuestro alcance que casi siempre es lo que sobra o nadie quiere. La hervimos durante horas y sabemos que en su centro bullente se concentran las almas. Es difícil decir si la necesitamos como una forma exigua de sustento o está allí para probarnos. La sopa es el primer misterio, debemos vigilarla como si fuera un secreto transmitido por generaciones, entregarle vida a cambio de vida. La removemos y nos llama desde el círculo de la olla que es el centro del mundo: cuántas veces hemos querido saltar y quedarnos a vivir en ella con todo nuestro hambre.

Sudo en el calor de la cocina y me sirvo un plato con la sopa que acabo de preparar. No sabe bien ni mal como la leche o como la inocencia de la perra. Un viejo gallo picotea en la mesa un grano de sal y sé que entiende mi aflicción aunque no puede comunicármela. Crepitan los carbones y los conejos son esfinges que reparten sus chillidos en la luna de estaño del cucharón. La perra se levanta y deja a los cachorros que se ovillan temblando satisfechos: nuestras saciedades se parecen, pero durarán muy poco.

Me retiro a dormir. Corro el cerrojo para cuidar la sopa de mañana.

EN ESTA OVEJA

*En eso tendría que haber pensado Descartes.
El alma suspendida en la siniestra,
amarga vejiga.*

J. M. COETZEE

Desperté con una oveja en mi habitación. Era escuálida y aguardaba al matarife atada a los pies de mi cama. Había algo triunfante en ella que no correspondía al miedo, ni al dolor presentido, ni a la dignidad o indignidad de la espera inmóvil. Su carne, sus entrañas celestes, sus ojos, su sangre rebosante de inquina, si es que ella cabe en el deseo de las ovejas, desaparecerían en las bocas de los invitados al banquete. Nada perduraría de ella. Solo la vejiga.

En la vejiga que nadie quiere comer se refugia el alma de las ovejas. Desde allí nos mira rencorosa. Es un alma espesa, un casi turbio iris con ese olor nefasto que se aferra a los rediles para vencernos.

Me incorporo con una punzada en la ingle. Golpeo con el pie desnudo el cuerpo invisible y crece desesperado su balido. Ah, inerte y dulceamarga oveja, tengo tu aliento y tu rostro. Debería ofrecerte vino y hierba como una reparación. Aunque no sé exactamente qué debo compensar.

Salgo al calor de la noche y toco mi miembro de lana. Me miran los astros y los árboles, los ojos de innúmeros animales.

Arde mi alma escapando desconcertada.

NIDAL

Lo vi en la escalinata usurpando la inmovilidad de la iglesia. Había escondido mendrugos en los gruesos surcos de su ropa y lo cubrían gorriones y pájaros de reflejos negros que picoteaban con avidez.

Lo fotografié aunque dibujaba con sus ojos furiosos una circunferencia para excluir a los mirones. Nunca lo volví a encontrar y al día siguiente solo hallé un contorno borroso en el negativo.

Tal vez era un hombre espejo o un hombre campanario y cada pájaro saciado que se desprendía de su cuerpo era una advertencia. Al fotografiarlo anticipaba mi propia inmovilidad, sellaba un pacto que debería pagar con mi miedo a las aves.

Fue en el año noventa y trato hoy de imaginarlo desnudo en su habitación. La ropa vigila en la silla y el aire está lleno de jaulas. Es un hombre muy viejo en un catre de metal que duerme con la piel atravesada de túneles.

Acerco un ojo al que se abre en el brazo como si se tratara de una cerradura, pero no distingo nada. Dejo que mi oído se interne en la carne y solo escucho el viento.

MONOSÍLABOS

TÚ no *FIN*: Maldices con esas palabras: *MAL DI CES*: Y quisieras que hubieran salido de la boca de *DIOS* porque *ÉL* les habla a los abandonados con monosílabos: Duros como balas, como sustracciones: Equívocos como *YO*: *MAL* no *MI*: *CON SUÉ LA TE*: Consuélame, Señor, con tus monosílabos.